

# St. Joseph Vaz

## Indian missionary in Sri Lanka



los angeles missionary  
childhood  
association

All Grades



Saint Joseph Vaz was a great missionary of the Gospel and in his testimony. "We see an eloquent sign of God's goodness and love for the people of Sri Lanka," as Pope Francis stated during the homily for his canonization. An Oratorian priest, Saint Joseph Vaz was born in India in the territory of Goa on

April 21, 1651 into a Christian family with a Portuguese surname. It was certainly the fervor of the faith that animated his house and matured José's priestly vocation. This fervor even continued after Fr. Vaz's death, as all his nephews became priests as well. Ordained in 1676, he returned to his native village and began to exercise his priestly ministry. Following his missionary zeal, Fr. Vaz wanted to go to Ceylo; however, he was assigned the task of preaching in the cathedral where he dedicated himself to the service of confession and spiritual direction. The diocesan authorities then sent him to Kanara, in the territory of the Archdiocese of Goa, where the Holy See had erected an Apostolic Vicariate torn by a sad dispute over responsibilities and jurisdictions.

When he left the post of Apostolic Vicar in 1684, Fr. Vaz then felt an even stronger desire to become part of a religious order. However, at that time religious orders were only open to candidates of European origin. Thus, with the permission of the Archbishop of Goa, he joined three Indian priests who had begun an experience of community life at the Church of the Holy Cross of Miracles on Mount Boa Vista.

Elected Superior, he became the founder of an authentic community to which he gave a clear spiritual physiognomy and a juridical form that allowed them to officially establish its existence. The holy reputation of the Boa Vista priests quickly spread, and driven by the missionary fervor of Fr. Vaz, they soon added to the ministry in their Church an intense apostolate in the countryside. A Bull of Clement XI, dated November 26, 1706, confirmed the establishment of the community and praised its work. Fr. Vaz felt that the time had come to respond to the never-ending vocation in favor of the increasingly abandoned Catholics of Ceylon as he laid down his habit and adopted the habit of a slave/beggar. After

a few months of hard work he managed to land on the coast of Ceylon.

He fell ill there immediately and for a few days, he was laying on the side of the road. He would have died of hardship if it wasn't for some women who helped him by giving him some food. Despite the fear of being discovered, he began the search for Catholics, who had outwardly for the most part taken on Calvinist customs under the lash of persecution and dared not reveal themselves. Fr. Vaz then adopted a courageous method: he placed the crown of the rosary around his neck, on the bare chest of a beggar, and began to knock from door to door begging for alms. He noticed someone who looked with interest at that sign of Catholic piety, so he began with a family and when he was sure of its members' loyalty, he revealed his own identity.

This was the beginning of the re-evangelization of the island. It continued with the midnight celebration of Mass and listening to those who turned to him for Confession and spiritual dialogue. Wanting to cut off the revival of evangelization, the governor awarded great compensation to those who handed over the priest. But no one betrayed Fr. Vaz, who was indeed safe while the wrath of the Calvinists was unleashed against the Catholic faithful. Fr. Vaz fled to the small state of Kandy, in the inner part of the island and still formally autonomous, ruled by King Vilamadharmasurya. Many Catholics who had never met a priest lived in the state, and Calvinist agents who had heard of the arrival of the religious, spread false rumors that he was a Portuguese spy.

The plan worked: as soon as he arrived in Kandy, Fr. Vaz was imprisoned. However, despite being a Buddhist, the King did not approve of the imprisonment of a foreigner of such a profoundly spiritual nature. Through the testimony of his guards, he learned about the prisoner's sanctity of life and became his friend, transmitting to his son and successor, Narendrasinha, the veneration with which he treated the Catholic priest. Fr. Vaz thus had the opportunity to preach and spread the faith throughout the kingdom, walking by foot through its territory and restoring the presence of the Church everywhere.

The smallpox epidemic that broke out in 1697 would have completely destroyed the population if Fr. Vaz's charity and intelligence had not provided treatment for the sick and instructed them in hygienic standards that, in fact, contained the infection. When Fr. Vaz died, ten missionaries worked in those lands, imbued with his spirit and prepared to continue the work in which he also formed lay people, entrusting them with the care of many dispersed communities.

In 1732, Pope Benedict XIV authorized the introduction of the canonical process for his beatification. On January 14, 2015, the Holy Father Pope Francis proclaimed him a saint. In his homily, the Pope indicated three essential points: "He was an exemplary priest [...] Secondly, Saint Joseph shows us the importance of transcending religious divisions in the service of peace. His

# San José Vaz

## Misionero Indio en Sri Lanka

Todos los Gra-



San José Vaz fue un gran misionero del Evangelio y en su testimonio "vemos un signo elocuente de la bondad y del amor de Dios por el pueblo de Sri Lanka", como afirmaba el Papa Francisco durante la homilía de su canonización.

Sacerdote oratoriano, San José Vaz nació en la India, en el territorio de Goa, el 21 de abril de 1651,

en una familia cristiana de apellido portugués. Fue seguramente el fervor de la fe que animaba su hogar lo que hizo que madurara en José la vocación sacerdotal; un fervor que continuó incluso después de la partida del padre Vaz, ya que todos sus sobrinos se hicieron sacerdotes. Ordenado en 1676, regresó a su pueblo natal y comenzó a ejercer el ministerio sacerdotal. Para seguir su propio celo misionero, el padre Vaz quiso ir a Ceilán, tras conocer su terrible situación. Pero se le asignó la tarea de predicar en la catedral y dedicarse al servicio de las confesiones y de la dirección espiritual. Las autoridades de la diócesis lo enviaron luego a Kanara, territorio de la Archidiócesis de Goa, donde la Santa Sede había erigido un Vicariato Apostólico que sufría una triste disputa sobre competencias y jurisdicciones.

Cuando, en 1684, abandonó el cargo de Vicario apostólico, se podría decir que la dolorosa situación se había suavizado. El padre Vaz sintió entonces aún más fuerte el deseo de formar parte de una orden religiosa. Sin embargo, en aquella época las órdenes religiosas estaban abiertas solo a candidatos de origen europeo. Así fue como, con el permiso del Arzobispo de Goa, se unió a tres sacerdotes indios que habían comenzado una experiencia de vida comunitaria en la Iglesia de Santa Cruz de los Milagros, en el Monte Boa Vista.

Elegido Superior, se convirtió en el fundador de una auténtica comunidad, a la que dio una clara fisonomía espiritual y una forma jurídica que le permitió establecer oficialmente su existencia. La fama de santidad de los sacerdotes de Boa Vista se difundió rápidamente y, animados por el fervor misionero del padre Vaz, pronto agregaron al ministerio en su Iglesia un intenso apostolado en el campo. Una bula de Clemente XI, con fecha del 26 de noviembre de 1706, confirmó la institución de la comunidad y elogió su labor. El padre Vaz sintió que había llegado el momento de responder a la vocación siempre latente a favor de los católicos de Ceilán, cada vez más abandonados. Se

quitó su hábito, adoptó el de los esclavos y mendigos, y después de algunos meses de arduos intentos, logró desembarcar en la costa de Ceilán.

Aquí cayó inmediatamente enfermo y durante algunos días se quedó tendido al borde del camino: habría muerto de hambre si algunas mujeres no le hubieran ayudado dándole algo de comida. A pesar del temor a ser descubierto, comenzó la búsqueda de católicos, la mayoría de los cuales, bajo el azote de la persecución, habían asumido exteriormente los usos calvinistas y no se atrevían a exponerse. El padre Vaz adoptó entonces un sistema valiente: colocó la corona del rosario alrededor de su cuello, sobre el pecho desnudo de mendigo, y comenzó a llamar de puerta en puerta, pidiendo limosna. Notó a algunos que miraban con interés aquella señal de piedad católica: comenzó con una familia y, cuando estuvo seguro de la lealtad de sus miembros, reveló su identidad.

Ese fue el comienzo de la reevangelización de la isla, seguida por la celebración nocturna de la Misa y la escucha de quienes acudían a él para la Confesión y el coloquio espiritual. El gobernador, con la intención de aplastar la reanudación de la evangelización, asignó grandes recompensas a los que entregaran al sacerdote. Pero nadie traicionó al padre Vaz, que incluso fue puesto a salvo mientras se desataba contra los fieles católicos la ira de los calvinistas. El padre Vaz huyó al pequeño estado de Kandy, en el interior de la isla y todavía formalmente autónomo, gobernado por el rey Vilamadharmasurya. En el estado vivían muchos católicos que nunca habían conocido a un sacerdote y los agentes calvinistas, que se habían enterado de la llegada del religioso, difundieron falsos rumores que lo presentaron como un espía de los portugueses.

El plan funcionó: tan pronto como llegó a Kandy, el padre Vaz fue encarcelado. El rey, sin embargo, a pesar de ser budista, no aprobó el encarcelamiento del extranjero por su naturaleza profundamente espiritual. A través del testimonio de sus guardianes, tuvo conocimiento de la santidad de vida del prisionero y se convirtió en su amigo, transmitiéndole a su hijo y sucesor, Narendrasinha, la veneración con la que trató al sacerdote católico. El padre Vaz tuvo así oportunidad de predicar y difundir la fe en todo el reino, recorriendo su territorio a pie y restableciendo la presencia de la Iglesia en todas partes.

La epidemia de viruela que se desató en 1697, según testimonio del mismo Rey, habría destruido completamente a la población si la caridad y la inteligencia del padre Vaz no hubieran asistido a los enfermos y dictado normas higiénicas que contuvieron de hecho el contagio. A la muerte del padre Vaz, diez misioneros trabajaban en aquellas tierras, imbuidos de su espíritu y preparados para seguir la obra para la que también formó laicos, confiándoles el cuidado de muchas comunidades dispersas.

En 1732, el Papa Benedicto XIV autorizó la introducción